

[Otra edición en: *Historia 16* n.º 139, 1987, 149-161. Versión digital por cortesía del editor (*Historia 16. Madrid*) y del autor, como parte de su *Obra Completa*, bajo su supervisión y con la paginación original.]

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Cacerías y juegos de toros en la Antigüedad

José María Blázquez Martínez

[-149→]



Lucha entre 10 bestiarii y 7 animales salvajes (mosaico procedente de Tenuta di Torre Nuova, galería Borghese)

Los juegos romanos en los anfiteatros en los que participaban toros, han sido la causa, según Mariana Huizinga, Lafaye y Grand, entre otros, de las actuales corridas de toros españolas. En su libro *Ritos y juegos del toro*, A. Álvarez de Miranda echa de menos, en los diferentes intentos de conocer el origen de las corridas españolas, la presencia del arqueólogo y del historiador de la Historia antigua. Por otra parte, falta un estudio

monográfico de este género. El documento más importante que da una idea exacta del contenido y carácter de una *venatio* (cacería) en los anfiteatros romanos, en la que interviene toros, es el mosaico del Bajo Imperio, hoy conservado en la Galería *Borghese*, que decoraba el peristilo excavado en *Tenuta di Torre Nuova* en el año 1834. Dicho mosaico formaba parte de un conjunto de cinco piezas, en dos de las cuales el tema de la composición eran los combates de gladiadores; en los tres restantes, unas *venationes* (cacerías) en el anfiteatro.

En dos mosaicos luchaban los *venatores* (cazadores) contra leopardos; en un tercero, que es el que aquí interesa, contra fieras de distinta especie. El mosaico representa el encuentro de siete fieras y de diez *venatores* o *bestiarii*, de los cuales ocho yacen por tierra, heridos o muertos, y dos se enfrentan, armados de unas largas lanzas, con animales salvajes. Estos son un ciervo y un oso, ya derribados, con una lanza clavada en el hombro izquierdo el primero; un león, un toro, un avestruz, un antílope y un jabalí. La pareja de *bestiarii* lucha con el león y con el toro. La modalidad del encuentro era muy sencilla y uniforme: consiste en detener la acometida de la fiera clavándole la punta de la lanza en el pecho, con lo que se consigue que se desangre y pierda energía. Los dos hombres llevan sólo armas ofensivas, y ninguna defensiva, como escudo, se halla representada en el mosaico. El vestido consiste en una corta túnica adornada a rayas, que desciende hasta las piernas, y calzado de media caña. La cabeza no lleva ninguna defensa. Los hombros van protegidos por el *orbiculus*, aunque aquí, por encontrarse muy caído, la finalidad debe ser simplemente decorativa. Están magníficamente señalados en el rostro el esfuerzo físico y la concentración espiritual del hombre que lucha con el toro, que es un animal corpulento y de cuernos pequeños.

REJÓN DE MUERTE

M. Elizabeth Blake, que estudió detenidamente este mosaico, cree que esta escena se inspira en alguna pintura de los *Ludi Saeculares* (juegos seculares), celebrados con motivo

del aniversario de la fundación de Roma. Algunos de los animales representados en este mosaico aparecen en las monedas de Filipo el Árabe, conmemorativas de este suceso.

Parlaska, catedrático de Arqueología en Erlangen (Alemania), ha publicado algún mosaico con [-149→150-] escenas de anfiteatro, interesantes para este trabajo. En el centro de un mosaico procedente de Bad Kreuznach, fechado hacia el 250, se colocó una composición semejante a la descrita de la *Galería Borghese*, la lucha en el anfiteatro de hombres y fieras.

Desgraciadamente, el centro tiene un hueco, con lo que parte de la escena se ha perdido; así, sólo se conservan las piernas de un *bestiarius* que luchaba contra una pantera; otros animales que se encuentran en la arena son un león, un oso, un ciervo, un caballo (?), un macho cabrío y, en la parte inferior, apelotonados, un toro, que embiste a un ciervo; detrás del toro, junto a los cuartos traseros, se halla un jabalí en actitud, defensiva, con la boca abierta.

Una de las escenas de este mismo mosaico ofrece una composición importante: un *bestiarius* acaba de clavar a un toro en la cruz un rejón corto y el toro se cae sobre las patas. Viste el hombre sandalias de tiras y un pantalón a cuadros. Su actitud con los brazos abiertos es la del vencedor después de lograr una buena faena. Es la misma que adoptan los toreros hoy día en la plaza de toros.

Frecuentemente están representados *bestiarii* en esta actitud en las escenas de anfiteatro después de deshacerse de las fieras, como se ve por dos veces en el díptico de Leníngrado. El *bestiarius* del mosaico de Bad Kreuznach lleva en la mano un trapo pequeño (*mappa*), con el que se citaba a las fieras. Una pintura de la tumba de Scaurus, en Pompeya, representa una composición parecida. Un toro está atravesado por una lanza, que le penetra por el pecho y le sale por la cruz; detrás del animal se hallaba el *bestiarius*, que ha ejecutado la faena, con los brazos abiertos. Viste una túnica corta, sujeta a la cintura y abrochada en el hombro izquierdo. Los pies están descalzos.

La escena de esta pintura es una *venatio* en la que intervienen animales (*missiones passivae*) de distintas especies, según era común en los anfiteatros, un toro, un león, un jabalí, dos liebres y un ciervo. Los dos *bestiarii* son ayudados en su cometido de matar las fieras por cuatro perros, uno de los cuales ha hecho presa en un jabalí.

TOROS CONTRA ELEFANTES

Se conocen algunas particularidades de las luchas contra los toros en la arena de los anfiteatros. El modo de matarlos, generalmente, como se ha indicado, era traspasarlos con la lanza, aunque también se utilizaba la espada corta y para la defensa el escudo. Para enfurecerlos se les quemaba la piel con antorchas (Marc. *Spect.* XIX 1), o los *taurocentae*, citados en alguna inscripción, los provocaban con arponcillos. A veces se colocaba un maniquí de paja (*homo faenus*) contra el que descargaban los animales sus primeras acometidas y que volteaban por el aire.

A estos peleles atacados por los toros alude Marcial varias veces. En su libro sobre los *Espectáculos* (XIX) describe bien la actuación de los toros en los anfiteatros:

Un toro que, aguzado por el fuego, acababa de cornear y lanzar por los suelos unos maniqués, corriendo de un lado a otro del circo, cayó al fin bajo la acometida de un cuerpo más poderoso, creyendo que un elefante era también ligero maniquí para arrojarlo al aire.

Una moneda confirma la afirmación de Marcial. Representa la lucha de un toro contra un elefante. También Marcial en este mismo libro (IX) alude a la lucha de un rinoceronte con un toro *al que levantó como si fuera un pelele*. En el dístico de Areobindus se representa uno de estos peleles de los que habla Marcial; o redes a las que se refieren las actas de los mártires, con un hombre dentro, atacado por un oso. En una segunda pieza se repre-

senta a un hombre, que salta sobre una pértiga delante de un oso, juego que también se debió hacer con los toros, como en las plazas de España hace siglos.

En estos mismos dístilos un oso ataca a hombres colgados de cestos, que suben y bajan esquivando las acometidas de los osos. Algo parecido debe ser también el juego con los toros. En la época en que Marcial vivía en Roma, eran frecuentes estos espectáculos de toros, pues el poeta los cita varias veces en sus obras (*Marc. Spect.* IX. 4; XXII,6; *Epigr.* II.43.6). Los maniqués están representados probablemente en los dípticos consulares, lo que prueba que en el Bajo Imperio se utilizaban todavía.

La composición de un mosaico encontrado en Reims era también una escena de anfiteatro, en ella participaban gladiadores y *bestiarii*. Los animales que intervenían eran un oso, un toro en actitud de acometer, dos ciervos y un jabalí, éste con un trozo de lanza clavada y derribado ya.

Una serie de realistas pinturas de los combates de toros en el anfiteatro tiene el grupo de mosaicos excavados en las proximidades de S. Sabina, en el Aventino, en el año 1711, hoy conservados en el Vaticano. En uno de ellos un hombre sobre un camello saca fuera de la arena a un león atado por una cuerda, donde un toro acaba de acometer a un compañero que cabalga un elefante. En otro mosaico un jinete persigue a un toro que huye. Estos mosaicos, a juzgar por la tésera, se fechan en época de Adriano.

Sobre un cipo pintado de Thina, Túnez, un toro lanza por alto a un *bestiarius*, escena que debía repetirse frecuentemente en las arenas de los anfiteatros. En el mosaico con escenas de anfiteatro de Zliten, datado en época de Vespasiano, un toro cornea en el aire a un *bestiarius* que se defendía, como en un relieve de Asia Menor, con un escudo cóncavo y con un látigo. En otra escena un toro ataca a un león. En un mosaico del siglo III en una villa de Pafos, en Chipre, se representa a un hombre defendiéndose con una lanza de las acometidas de un toro. La escena se ha interpretado como una cacería, pero en el anfiteatro era igual. Un hombre clava una lanza a un toro sobre una piedra [-150→151-]



Dos leones devoran un jabalí (mosaico del siglo II. Museo de El Djem)

[-151→152-] grabada hallada en Béziers, que posiblemente describe una lucha en el anfiteatro. La representación más importante en este aspecto es un mosaico de Silin, a 15 km de Leptis Magna, en Libia. Un toro ha lanzado al aire a dos personas, que caen de cabeza como dos pieles; un hombre arrastra a otro, que camina de rodillas para arrojarlo al toro. El hombre lleva el vestido propio de los esclavos. Un segundo varón con túnica dirige la operación detrás del toro con un cayado. Se ha interpretado como el salto sobre el toro o la *taurocatapsia*, con dudas, pero es más fácil que sea una escena de circo.

CRISTIANOS ARROJADOS A TOROS

En las actas de los mártires cristianos se leen varias veces relatos de mártires arrojados a los toros en el anfiteatro. En el año 177, en el anfiteatro de Lyon, según la carta de las iglesias de Lyon y Viena, conservada por Eusebio, en su *Historia Eclesiástica*, obra redactada en época de Constantino, Blandina, «*después de los azotes, tras las dentelladas de las fieras, tras la silla de hierro al rojo vivo, fue finalmente encerrada en una red y soltaron contra ella un toro bravo, que la lanzó varias veces a lo alto. Mas ella no se daba ya cuenta de nada de lo que se le hacía...*

En el año 202, durante la persecución del emperador Septimio Severo, fueron sacrificados en el norte de África las santas Perpetua, Felicidad y sus compañeros procedentes de Thuburbo Minus. La descripción del martirio se conoce por el escrito de Tertuliano, que dice así: *Mas contra las mujeres preparó el diablo una vaca bravísima, comprada expresamente, contra la costumbre, emulando aún en la fiereza, el sexo de ellas. Así pues, desnudadas y envueltas en redes, eran llevadas al espectáculo. El pueblo sintió horror al contemplar a la una, joven delicada, y a la otra recién parida, con los pechos destilando leche. Las retiraron, pues, y las vistieron de unas túnicas. La primera en ser lanzada en alto fue Perpetua, que cayó de espaldas...*

Durante la Gran Persecución de Diocleciano (303-311), las más sangrienta de todas, el historiador de este suceso, Eusebio, contemporáneo de los acontecimientos que narra, escribe al referirse a los mártires de Tiro en Palestina: *Inmediatamente después de los azotes seguían el combate con las fieras carniceras, y allí era de ver las arremetidas de los leopardos, de osos de diferentes especies y jabalíes y toros enfurecidos por hierros candentes.*

Los juegos de anfiteatro en los que participaban toros eran también de otro tipo, como indica una terracota procedente de África, hoy conservada en el Museo del Louvre: un cebú lleva sobre sus lomos una mujer desnuda condenada a ser expuesta a las fieras (*damnatio ad bestias*) con las manos atadas a la espalda, el cebú se ha arrodillado y un felino ha saltado sobre la cruz y se dispone a morder el cuello de su víctima. El *venator* se ha acurrucado entre el cuello del animal y el escudo circular en espera del momento propicio para atacar a la fiera.

LUCHA DE FIERAS

En los anfiteatros romanos presenciaban los espectadores otros tipos de combates en los que participaban toros, que luchaban no con hombres, sino contra otras fieras. Baste citar unos cuantos ejemplos. En uno de los mencionados mosaicos conservados en el Vaticano, un toro ataca a un oso, al igual que en un mosaico de Bosseaz; un bisonte a un león, en el mosaico de Castelporziano, siglo II, en una escena de anfiteatro en la que intervienen *bestiarii*, cuya finalidad era azuzar a los animales y fieras. Un toro acomete a un león en un mosaico de Tréveris, cuyo tema central, un gladiador, indica claramente que las escenas representadas pertenecen al anfiteatro; está fechado en época de los Severos. Un toro cornea a un león en el citado mosaico de Bad Kreuznach. En el mosaico descubierto en Westerhofen, datado en el primer tercio del siglo III, un toro se enfrenta a un oso. Una composición muy parecida se observa ya en una pintura pompeyana del podio del anfiteatro, un toro y un oso atados a la misma cuerda, escena gemela a la que decoraba la tumba de Scaurus en Pompeya, un corpulento toro estaba atado por la cintura mediante una larga cuerda a un felino, dos *bestiarii* con largas lanzas dirigían la lucha, y a la representada en el citado mosaico de Zliten, un toro con *vitta* al pecho cornea a un oso puesto de pie que deja caer sobre la testuz del cornúpeta sus manazas. Las dos fieras se encuentran atadas

por una cadena. Un garramante avanza cautelosamente y con un bastón intenta enganchar la cadena.

Séneca (*De Ira* III. 43.3) explica la razón de esta combinación: se incitaba a la lucha a los animales atados, después uno de los *bestiarii* remataba al vencedor. En la *cavea* de Cirene se representó una escena en la que luchaban animales de distintas especies, gansos, pantera, macho cabrío y un león, que salta sobre los cuartos traseros de un toro. La arena está sembrada de lanzas, algunas clavadas sobre los animales. Importante es la escena del mosaico encontrado en Thysdrus, actual El Djem, a 250 m. del anfiteatro, fechado en la segunda mitad del siglo IV. Se admite que la escena está tomada del anfiteatro. En la lucha participan diecisiete fieras, que se reparten en siete grupos de dos, y tres aisladas. De arriba a abajo se encuentran: un cebú que acomete a un oso erguido sobre las patas traseras en actitud defensiva; un cebú solo, bien plantado, y un cebú que embiste a un jabalí, que huye volviendo la cabeza. En la segunda fila: un jabalí aislado, que huye; un cebú que acomete a un oso de pie, y un grupo gemelo del anterior, cebú que persigue al jabalí. Debajo de estos grupos, a la derecha se encuentra un cebú solo en actitud de [-152→153-] atacar y un jabalí corre detrás de un oso. Los dos grupos de fieras en la parte superior son un cebú acometiendo a un oso puesto de manos, y un jabalí persiguiendo a un cebú. En el lado de la derecha luchan de arriba a abajo, oso y cebú, jabalí y cebú, un oso ha hecho presa en los cuartos traseros del jabalí y es acometido por delante por un cebú; un jabalí brinca sobre los lomos de un cebú, que huye; jabalí que persigue a un cebú, y oso de frente, que ataca a un cebú. En el ángulo superior derecho se halla un toro plantado con la cabeza bien levantada. Los cebús y los toros llevan *vittae* y su cuerpo está moteado de puntitos luminosos; la arena está sembrada de hojas de hiedra. En el centro de la composición está Dionisos con *tyrso*, una pantera rampante a sus pies y el khantaras, del que brota la vid; a la izquierda hay un lagarto. La presencia de Dionisos, como de las *vittae* y los puntos luminosos sobre los cebús y el toro, las hojas de hiedra, el lagarto y otros signos diversos, se explica por su carácter polifacético y es frecuente encontrarlos sobre los mo-



Lucha entre toro y elefante

saicos con escenas de anfiteatro. Dionisos era un dios muy vinculado con el anfiteatro y el circo. En el mosaico de Radés, de final del siglo III, que se conoce bastante deteriorado, pues falta la mitad izquierda, el animal que más abunda es el oso. Ofrece la particularidad notable de ir los animales acompañados de sus respectivos nombres, que algunas veces indican procedencia de los animales. En el ángulo superior está un oso puesto en pie, llamado ITVS, debajo un jabalí en actitud defensiva; en la tercera fila de animales se encuentra un oso de nombre NILVS, con la cabeza vuelta y con la boca entreabierta enseñando los afilados dientes, delante marcha un animal del que falta la cabeza, cuello y una de las patas delanteras, probablemente un asno; una osa, que obedece al nombre de FEDRA, sube a un palo; mientras que un jabalí a sus espaldas la acomete; un oso sentado toca con su mano izquierda a un jabalí en el hocico; detrás [-153→154-] camina una osa, cuyo nombre es ALECSANDRIA. Un toro, con la letra N y el número XVI sobre las costillas, espera la acometida del oso llamado SIMPLICIVS, que ya se encuentra de pie preparado para descargar su manaza sobre la cabeza del cornúpeta, pero que inesperadamente tiene que defenderse, y está por ello medio vuelto, de un jabalí que le acomete por

la espalda. En la zona inferior del mosaico camina el ojo GLORIOSVS, mientras su compañero BRACIATVS se lanza al asalto de un avestruz, que se defiende con el pico, en el ángulo derecho corre un ciervo. Sólo los osos tienen nombres que aparecen frecuentemente en los mosaicos de gladiadores.

Entre los mosaicos africanos cabe recordar uno de Cartago datado entre 250 y 275. De particular importancia es uno de Tebessa con gran cantidad de fieras del anfiteatro, de comienzos del siglo IV. En un mosaico de El Djem, fechado entre 200 y 250, se representa una original escena de anfiteatro donde interviene toros. Estos están tumbados y un letrado dice: *Silencio, los toros duermen*. En la parte superior, cinco hombres banquetean: muy probablemente, son *toreros*. En otro mosaico de El Djem se representan luchas de fieras en el anfiteatro: un toro con un oso y un toro con un leopardo. En el dístico de Arcobindus, del siglo V, un león ataca a un toro.

CACERÍAS EN EL ANFITEATRO

Frecuentemente, las arenas del anfiteatro se convertían en un auténtico bosque plagado de animales de toda especie. En este aspecto es interesante recordar el espectáculo dado por Probo (SHA, *Vita Probi*, 19), quien gobernó el Imperio entre los años 276-282, para festejar su triunfo sobre los germanos y blemmios, que Flavio Vopisco describe en los siguientes términos:

Celebró una magnífica cacería en el circo, y las piezas cobradas en ella dejó que sirvieran de despojos para el pueblo.

El espectáculo se dispuso como sigue: grandes árboles, arrancados con sus raíces por los soldados, se colocaban sobre una plataforma de madera de gran extensión, que se había recubierto de tierra. De esta manera, todo el circo, plantado de modo semejante a un bosque, pareció florecer con la frescura de las hojas verdes. En seguida soltaron por todos los caminos mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil gamos, mil gamuzas, mil cabritillos salvajes y otros animales herbívoros en tanta cantidad cuanto les fue dado alimentar y encontrar. Hecho esto, dejaron penetrar en el bosque a la plebe y cada uno se apoderó de lo que quiso. Otro día, Probo hizo soltar de una vez en el anfiteatro a cien leones de largas crines. El fragor de sus rugidos parecía el tronar de la tormenta. Se les dio muerte por la espalda a todos estos leones y, mientras morían, no dieron el buen espectáculo que se esperaba de ellos, ya que no tenían ese ímpetu que tienen cuando salen de sus jaulas. A muchos de ellos, que no querían avanzar, se les mató con flechas. Salieron también cien leopardos de Libia, cien leopardos sirios, cien leonas juntamente con cien osos. Parece ser que el espectáculo de todas aquellas fieras fue más imponente que agradable. Luego aparecieron trescientas parejas de gladiadores, muchos de ellos blemmios, que habían sido exhibidos en el desfile triunfal y otros muchos germanos y sármatas. No faltaron tampoco entre los gladiadores algunos bandidos de Isauria.

El número de fieras que participaban algunas veces en la arena era muy elevado. Gordiano I dio un espectáculo en el que intervinieron 200 ciervos mezclados con otros de Bretaña; 30 caballos salvajes, 100 corderos salvajes, 10 alces, 100 toros de Chipre, 30 avestruces de Mauritania, 30 onagros, 150 jabalíes, 200 gamuzas y 200 gamos, animales que se dieron, después del espectáculo, al pueblo. Algunas veces los animales se pintaban de bermellón. El mismo Gordiano un día soltó en el anfiteatro 100 fieras de Libia y otros mil osos (SHA. *Vita Gord.* 3), Pompeyo en su segundo consulado ofreció 800 leones que fueron muertos en cinco días, y Trajano, para festejar la conquista de Dacia en el año 107, hizo luchar a 10.000 fieras y 11.000 gladiadores (Dión Cass. 68,15). Probo (SHA. *Vita Probi* 19) dio un espectáculo que consistía en la caza simultánea (*una missione*) de 100 leones, a la que siguió la de 100 leopardos de África, 100 de Siria y 100 osos.

Luchas de fieras entre sí al aire libre o cacerías han sido frecuentemente representadas tanto en mosaicos y pinturas como en relieves, etc.; estas composiciones están inspiradas en las *silvae* de los anfiteatros y ello explica el realismo y vivacidad de estas escenas: baste recordar, entre muchas pinturas y mosaicos que cabría citar, los dos mosaicos en *opus sectile* de la Basílica de Iunus Bassus en Roma, del siglo IV, donde tigres muerden en el cuello a las vacas.

Algunas fuentes literarias aluden a la participación de los toros en los juegos del anfiteatro, además de las mencionadas anteriormente. Así, en la época de Nerón, el cebú intervino en ellos, como lo atestigua Calpurnio (*Eglog.* 7.60-1). Cien cebús (toros de Chipre) figuran entre los 1.300 animales que participaron en los juegos, que el futuro emperador Gordiano (238) dio en Roma, cuando era edil e hizo reproducir escenas de *venationes* sobre los muros de la antigua mansión de Pompeyo, propiedad suya en aquel entonces (SHA. *Vita Gord.* 3.) Este texto es importante, pues indica claramente que las escenas de *venationes*, tan frecuentemente representadas en el Imperio romano, están inspiradas en los juegos circenses. Galieno (253-268) hizo soltar en la arena del anfiteatro un cebú enorme al que el *bestiarius* no pudo matar; de la expresión del texto se deduce que existían personas encargadas de llevarle el toro: *Una vez hizo salir a la arena del circo un enorme toro, al cual un cazador había de dar muerte. Pero lo intentó diez veces sin conseguir [-154→(ilustración)→156-] acabar con el animal.* En la época de Varrón, siglo I a. C., eran ya frecuentes los espectáculos con toros en los anfiteatros romanos, según lo atestigua el propio Varrón (*re r.*, 3,53). César mandó representar por vez primera en el anfiteatro de Roma la tauromaquia tesalia (Plin. 8, 182).

Los espectadores y venatores de los anfiteatros romanos conocían una serie de mitos y leyendas griegas y romanas que podían excitar al hombre a luchar con el toro, mitos y leyendas representados muy frecuentemente por todos los lugares y sobre objeto del más variado tipo, tales como la lucha de Hércules con el toro de Creta, (héroe tan vinculado a la Península Ibérica, la lucha de Hércules y Ancheloos, la lucha de Teseo y el Minotauro, representado en mosaicos de Córdoba, Pamplona y Torre de Palma, en Portugal, este último; la leyenda de Dares y Entello, recogida por Virgilio (*En.* V, 382), representada en mosaicos de Villedaure y de Alix; la lucha de Teseo con el toro de Maratón, que motivó igualmente bellas escenas, como la que se ve sobre una copa del pintor de Bonn y la de Dirce arrojada a un toro, representada en los mosaicos de Écija en Sevilla y Sagunto en Valencia. En el primero la dama está atada a un toro furioso.

CACERÍAS DE TOROS BRAVOS

Los anfiteatros necesitaban un número elevadísimo de fieras, cazarlas y transportarlas. En Ostia, en el mosaico de la *Terme del sette sapienti*, de época adrianea, están representados gran número de fieras y varios toros y *venatores* armados con lanzas; entre las figuras hay motivos vegetales. Aunque esta composición seguramente se inspira en las *venationes* de los anfiteatros, éstos necesitaban cacerías gigantescas para abastecerse debieras. En el relieve del Palazzo dei Conservatori que representa el sacrificio de Marco Aurelio delante del templo capitolino, sobre el alero del tejado hay representada una *venatio* en la que tres hombres clavan sus lanzas en tres figuras, un toro y dos leones.

Una escena de cacería en la que intervienen toros es el tema central, repetido dos veces, del sarcófago de Adalia. Los dos lados mayores tienen la misma composición. En el centro un jinete auxiliado por su perro alancea a una pantera; a la derecha una pareja de *venatores* de pie luchan armados de lanza corta contra un jabalí y un león; a uno de los cazadores acompaña un perro, que ataca al felino por la espalda. En el lado de la derecha un *venator*, rodilla en tierra, clava la lanza en el pecho de un toro enfurecido. En el plano su-

perior un compañero, ayudado por un perro, se enfrenta con una fiera. Cuatro victorias iguales ocupan los ángulos del sarcófago. Los relieves de los laterales repiten el tema de la mitad derecha. Estos sarcófagos son muy numerosos en la costa de Asia Menor. Una réplica de este sarcófago es el publicado por Rodenwalt, fechados todos a final del siglo II, que procede de un taller que trabajaba en Xanthos o en Adalia; todos estos sarcófagos repiten el tema de la caza con carácter funerario, de gran tradición en el Mediterráneo. Una escena semejante ofrece el friso inferior del sarcófago con las hazañas de Hércules de la Villa Umberto I, fechado a finales del siglo II, en Roma. Los cazadores, rodilla en tierra, intentan detener a sus respectivas fieras, clavándoles la lanza en el pecho. Las fieras son un toro, un jabalí, un león y un ciervo; al cazador que alancea el jabalí le auxilia un perro.

Se fecha hacia el año 260 el sarcófago conservado en la Ny Carlsberg Glyptothek de Copenhague con escenas de cacería. Entre los animales abatidos está el toro. La presencia de estas escenas en sarcófago parece indicar que se trata del tema de la caza con sentido funerario, pero la *venatio* en el anfiteatro era igual.

Uno de los mosaicos de la Villa Erculia de Piazza Armerina, datado entre los años 310-330, representa precisamente el embarque de animales salvajes con vistas al anfiteatro, un tigre, un antílope, un bisonte, etc. Una escena de *venatio* en la que participan héroes y fieras de todo tipo, entre ellas el cebú, perseguido por un oso, es el tema del mosaico de Megalopsychia, en Antioquía, datado a mediados del siglo V.

La caza del toro tiene una larga tradición en el Mediterráneo y Próximo Oriente. Baste recordar un plato de oro procedente de Ugarit, siglo XIV a.C., en el que los cazadores, armados con arco y ayudados por perros, persiguen sobre un carro tirado por una pareja de caballos a tres toros; el relieve del palacio del rey Assurnasirpal II (883-859 a.C.), en Nimrud, con una escena muy parecida; los vasos de oro procedentes de la tumba de tholos de Vaphio, en Laconia, fechados hacia el año 1500 a. C., en ellos los toros se cazan con redes; el marfil de Chipre con cacería de toros en carro; un sarcófago de Chipre, datado alrededor del año 500 a.C., en el que los cazadores para abatir al toro usan largas lanzas y se protegen con escudos; la estela helenística de Saloniki, en la que un toro acomete a un jinete.

Las fuentes literarias aluden a cacerías mitológicas o reales de toros. En el himno a Artemis de Callímaco, la diosa llega al Olimpo de retorno de la caza con toros y jabalíes; Platón (*Crit* 119d) habla de la cacería de toros en el mito de la Atlántida, localizada en la Península según algunos autores. Tirídates es invitado por su huésped a lanzar jabalinas a los toros (Plinio *NH* 8.79); toros cazaban los etíopes. Dice así el naturalista latino que fue procurador en España, de la Provincia Tarraconense, en época flavia: *Los animales más feroces que cría Etiopía son los toros salvajes. Son mayores que nuestros toros, de una rapidez sin igual, de color fulón, de ojos azules, peludos y de cuernos rapidísimos. Su cuero, que tiene la dureza de la piedra, es invulnerable. Dan caza a todas las fieras. A ellos sólo se les caza con fosas y entonces se mueren de rabia.*

También cazaban los germanos, según César (BG 5.28), uros: *Una tercera especie es la de los [-156→157-] uros. Su tamaño es algo menor que el de los elefantes. Tienen el aspecto, el cuerpo y la forma de toros. Son muy vigorosos y ágiles. No se asustan ni del hombre ni del animal. Se les captura y mata con fosas. La caza es muy fatigosa y los jóvenes se ejercitan en esta caza. Los que matan muchos animales, para probar su hazaña, exhiben los cuernos cortados y son muy alabados por ello. No se les puede domesticar a los uros, a no ser que sean pequeños. El tamaño de los cuernos, su forma y aspecto es muy diferente del de nuestros bueyes. Son muy buscados los cuernos. Se anillan con aros de plata y se les utiliza como copas en los grandes festines.*



El toro fue uno de los animales preferidos por los romanos para la lucha de fieras, pues su bravura le incita a enfrentarse con cualquier enemigo. En la imagen, luchando contra un oso.

Los peonios cazaban bisontes, cuyas cacerías ha descrito Pausanias (10, 13.2); para capturarlos utilizaban los tracios, que iban a caballo, jabalinas, empalizadas y fosas y se servían de perros para este cometido. Pausanias, que publicó al final de la época de los Antoninos, hacia el 180, una guía de Grecia, escribe: *Una cabeza de bronce del bisonte, que se cría en Peonia, fue ofrendada por Dropión, hijo de León, rey de los peonios. Estos bisontes son los animales más*

difíciles de coger vivos, pues no hay redes que resistan su empuje. Se cazan de la siguiente manera: cuando los cazadores hallan un lugar inclinado por todas partes hasta formar una hoya, le rodean de una fuerte empalizada; después la parte que hace cuesta arriba y el rellano que hay en lo más alto la cubren con pieles de buey recién desollado, y si carecen de éstas, usan pieles hechas resbaladizas con aceite.

Después, los más diestros jinetes acosan los bisontes hasta el dicho lugar y los bisontes resbalan en las primeras pieles y caen rodando por la pendiente hasta el fondo; al principio se les deja allí sin hacerles caso, pero a los cuatro o cinco días pierden la bravura por el hambre y la fatiga. Los que saben domarlos, les echan allí piñones ya sin cáscara, pues no pueden probar estos animales ningún otro alimento, y por fin los atan y se los llevan. Este es el modo en que tienen que cogerlos.

Eliano, en su *Historia de los animales* (17.465), alude a los toros egipcios: *Sin duda los toros egipcios llamados devoradores de carne son los más salvajes de los animales. Doblan en tamaño [-157→158-] a los toros de Grecia y son muy veloces. Tiene pelambre rojiza, ojos glaucos más que los de los leones. En circunstancias normales mueven los cuernos como las orejas; pero en el combate los levantan y los mantienen levantados con energía, y de esta manera luchan. Y, sin duda, por un admirable instinto natural, no los abaten una vez que los han levantado a impulsos de la cólera. Son invulnerables a las lanzas y a toda clase de proyectil; y así el hierro no penetra en su piel, porque erizando sus cerdas despiden el arma, que cae sin lograr su objeto. Y ataca a las manadas de caballos y de otros animales. Siendo esto así, los pastores, deseosos de proteger a sus rebaños, cavan profundas zanjas, que disimulan, y de esta manera les tienden emboscadas. Cuando los toros caen, la misma rabia les ahoga. Los trogloditas consideran a este animal con justicia el mejor de todos: en efecto, posee el valor del león, la velocidad del caballo, la fuerza del toro y es más resistente que el hierro.*

TAUROMAQUIA

En la época helenística y romana, los juegos de tauromaquia estaban muy extendidos, principalmente entre los tesalios y las poblaciones de Asia Menor. Un paisaje de Heliodore (*Aethiop.* 10, 30) describe minuciosamente estos juegos, en los que intervenían jinetes: *Tras estas palabras, cuando se disponía a revelar toda la verdad, de nuevo vino a impedírsele un resonante clamoreo levantado por la muchedumbre. Teágenes, en efecto, acabada de dejar al caballo acrecentar su velocidad al máximo y, cuando había tomado una ligerísima delantera, y el pecho del caballo iba a la par de la cabeza del toro, lo*

abandonó para que siguiera, en libertad, y de un salto se lanzó sobre el cuello del toro. Una vez allí, asienta con firmeza la cabeza en el espacio que separa las dos astas, abre los brazos en forma de corona y apresa la frente del toro con el nudo de sus dedos, mientras el resto de su cuerpo va en vilo, suspendido del hombro derecho del animal, sufriendo a breves intervalos las sacudidas de los furiosos brincos del toro. Cuando notó que el peso ya lo ahogaba y que los tendones se le relajaban por lo desmedido del esfuerzo, en el momento en que pasaba por la parte del círculo donde presidía H-daspes, se deja resbalar, adelanta su cuerpo y echa los pies sobre las patas delanteras del animal, trabándole sin cesar las pezuñas para impedirle proseguir su carrera. Zancadilleando en pleno impulso, abrumado por el peso y el esfuerzo vigoroso del joven, las rodillas del toro trastabillean y, girando súbitamente la cabeza, como una honda, cae de bruces, volteando con violencia los hombros y los lomos. Un buen rato estuvo tendido de este modo, con los cuernos hincados en tierra, firmemente arraigados, como si tuvieran raíces, sin que la cabeza pudiera hacer el más leve movimiento, mientras agitaba inútilmente las patas, sacudiendo en vano el aire, enloquecido por la derrota. Teágenes se echó sobre él; sólo la mano izquierda estaba ocupada en tenerlo fijo contra el suelo; el brazo derecho lo levantaba al cielo y lo agitaba sin cesar, a la vez que dirigía alegres miradas de victoria hacia Hidaspes y el resto de la numerosa concurrencia, invitándoles con su sonrisa a compartir el contento que le embargaba. Los mugidos del toro proclamaban, cual trompeta, su victoria, y a ellos respondía también el clamor popular, aunque no se distinguía con precisión ningún elogio particular. Todas las bocas, abiertas de par en par, expresaban la admiración con un rumor único y sin modulación que se elevaba hasta el cielo de manera prolongada y sostenida. Finalmente, a órdenes del rey, acudieron corriendo los servidores: unos levantaron y condujeron a Teágenes a presencia de Hidaspes; otros echaron a los cuernos del toro una cuerda con lazo y tiraron de él, con la cabeza gacha, hasta atarlo de nuevo a los altares, al igual que al caballo, una vez recuperado.

Muchos escritores de la antigüedad citan estos juegos; así, Suetonio (*Claud.* 21): *Hizo aparecer además en el circo los caballeros tesalios que persiguen a través del circo a toros salvajes, les saltan sobre el lomo, una vez los tienen agotados y los echan a tierra cogiéndolos por los cuernos.* También Dión Caszio (*LX* 19) y Plinio (*NH* 80, 182): *El dictador César fue el primero en Roma que dio el espectáculo de los tesalios, que a caballo mataban los toros, doblándoles la cerviz por los cuernos,* y el epigrama de Philippos (*Anth. Pal.* 9, 543): *El grupo de excelentes jinetes tesalios, castigador de toros, que luchó con las fieras con sus manos sin protección, monta potros fustigados, intentando agarrar la cornamenta, inclinándose hacia la tierra, desde lo alto del caballo, hizo rodar el cuerpo retorciéndolo y la fiereza enorme de la fiera.*

Estos juegos se mencionan en las inscripciones (*CIG*, 3212). Las personas que los ejecutaban estaban equiparadas socialmente a los gladiadores (*CIA* III, 114. *DIG*, 2759, b). Un relieve hallado en Esmirna con la inscripción *taurokathapsion emera* representa magníficamente este juego en el que los jinetes saltaban de sus caballos sobre los toros y les retorcían los cuernos hasta ponerlos en tierra. Este juego aparece en una serie de monedas de Larissa y de otras villas tesalias, en las que un joven sujeta por los cuernos a un toro; según los textos citados, los jinetes tesalios eran muy diestros en este juego, que se celebraba principalmente en Larissa, ya que muchas inscripciones agonísticas de esta ciudad mencionan vencedores en la *taurotheria* (*CIG* IX. 2, núms. 528, 531, 532, 534), etc., al igual que otras procedentes de Ancyra (*CIG*, 4039), Aphrodisias (*CIG*, 2759 b) y Sinope (*CIG*, 4157).

En una inscripción de Caryanda se cita un presidente de los juegos *taurafetes*, encargado de proporcionar los animales y de distribuir una vez terminados los juegos las carnes

entre el pueblo. Huellas de estos juegos hay también en Atenas (*CIA* III, 114). A algunos dioses se les honraba [-158→159-] con luchas taurinas, como a Poseidón en Éfeso (*Artem. Oneirocr.* I, 8).

En algunas ciudades, como en Ancyra, había combates o carreras de toros (*CIG*, 4039), que estaban consagradas a Neptuno. Es posible que estas fiestas de toros en sus orígenes tuvieran carácter religioso. Así, un *agon* tauromáquico figura en las fiestas en honor de Zeus Liberador en Larissa (*CIG.* IX, 2, n.º 529) y Pestolizza admite que la *taurokathapsia* está ligada a prácticas religiosas, pero tal como se conocen en época histórica han quedado reducidos a un simple juego. Algunos autores españoles, como Pérez de Guzmán e Isidoro Gómez Quintana, han querido ver el verdadero antecedente de las corridas hispanas en la *taurokathapsia* tesalia.

En Italia, donde se conocen una multitud de documentos del culto al toro, de modo que Altheim ha podido comenzar el estudio de la religión romana con un largo capítulo consagrado al culto al toro en Italia, los etruscos tenían juegos en los que el toro participaba, como lo indica el *oinochoe de bucchero* del Museo Arqueológico de Florencia, siglo VI a. C., con cabeza de novillo en la boca y sobre el vientre del vaso una procesión de jóvenes que sujetan a los toros por una pata delantera y por el cuerno izquierdo.

EN LA ESPAÑA ANTIGUA

La Península Ibérica, que era extraordinariamente rica en ganado bovino, según las fuentes literarias, ha proporcionado varios testimonios importantes de cacerías y juegos del toro, dos estelas halladas en Clunia y una pintura ibérica en Liria.

Una estela de Clunia podría representar perfectamente una escena de anfiteatro romano, pues según los documentos aducidos, los *bestiarii* a veces luchaban contra los toros con puñal o espada, protegidos por un escudo. También podría representar una simple, escena de cacería, como es frecuente en las estelas de Clunia, que es lo que creemos representa. La composición sería una variante de la estela navarra hallada en el término de Villatuerta, cerca de Estella, en la que un hombre armado de puñal y espada, defendido por un escudo, se enfrenta a una fiera no fácilmente identificable, quizá un toro, detrás de él se halla el perro.

La caza del ganado bovino con carácter funerario está documentada en otra estela de Clunia, donde el carácter fúnebre y escatológico de la escena de caza lo refuerza la presencia de la serpiente. En la desaparecida estela de Clunia, el hombre que se enfrenta al toro es un indígena, como se deduce del tipo de escudo circular que lleva, frecuentemente en estas estelas, representado y de la inscripción ibérica que aparece también en otra estela cluniense. La inscripción indicaría una cronología anterior a Tiberio, pues los investigadores de la materia, como Tovar, A. García y Bellido, etc., aceptan la tesis propuesta por P. Beltrán de que las inscripciones ibéricas más recientes son de época de Tiberio.

Según me indica amablemente U. Espinosa, profesor de la Universidad de Madrid, algunas estelas de la zona de la Rioja y Soria, San Vicente de Munilla (dos), Vizmanos, Valloria, Velloso y Yangüas, tienen figuras de toros, lo que daría un carácter funerario al ganado bovino, como el que tienen las representaciones de toros y cerdos, llamados verracos, según G. López Monteagudo y A. Blanco; pero en las estelas se representan a veces vacas con los terneros y los verracos son siempre machos.

Danzas en las que las bailarinas se enfundaban en los brazos cuernos de toro se representan por dos veces en la cerámica de Numancia, donde algunos toros están llenos de signos astrales, lo que les da un carácter religioso. En una pintura prehistórica de los Órganos (Jaén), los varones llevan muy probablemente máscaras de bóvidos, como los sacerdotes del templo de Apolo en Curión, Creta.

En Castulo (Jaén) ha aparecido un altar dentro de un templo fechado en los siglos VIII-VI a.C., que sigue modelos orientales, con terracota de toro, que debía encontrarse sobre el altar al igual que los altares con toros de uno de los cuencos de la Cueva de Zeus, en Creta, de arte fenicio.

Un texto de Diodoro (4.12.2) habla de la sacralidad de las vacas descendientes de las que Heracles robó en el sur de España a Gerión y que regaló a un reyezuelo indígena que le había ayudado. Todos estos datos son importantes para conocer las vinculaciones del toro con la religión en la Hispania antigua, además de las cabezas de Costy, Baleares, y de la gran cantidad de bronce con toros aparecidos allí también, pero no parece que directamente se relacionen con los orígenes de las corridas de toros españolas y portuguesas.

BIBLIOGRAFÍA

- A. Álvarez de Miranda, *Ritos y juegos del toro*. Madrid, 1962.
- A. Blanco, «El toro ibérico», *Homenaje al profesor Cayetano Mergelina*. Murcia, 1962. Idem, «Museo de los verracos celtibéricos», *Boletín de la Real Academia de Historia*, núm. 181, 1984, págs. 1 y ss.
- J. M. Blázquez, «Venaciones y juegos de toros en la Antigüedad», *Zephyrus*. núm. 13, 1962. págs. 47 y ss. Idem, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975, págs. 62 y ss. Idem, *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas*, Madrid, 1983, págs. 152 y ss., 197 y ss., 247 y ss.
- L. Friedländer, *La sociedad romana*, Madrid, 1982, págs. 571 y ss.
- G. López Monteagudo, *La expansión de los verracos. Características de su cultura*, Madrid, 1983. Idem, «Las esculturas zoomorfas célticas de la Península Ibérica y sus paralelos polacos», *Archivo Español de Arqueología*, núm. 55, 1982, págs. 3 y ss.